

BITTER SPRINGS

"That Sentimental Slush"

ALVIN COOK

POP Hacía mucho tiempo que el grupo de Simon Rivers andaba en un poco meritorio segundo plano. Nunca han destacado especialmente en el entramado del pop inglés, pero más a causa de un ninguno bastante efectivo y poco argumentado de la prensa que por la poca calidad de sus álbumes y EPs. El problema, seguramente, usaba en que no han sabido adaptarse a las circunstancias: a finales de los noventa toparon con una generación demasiado joven para compatir su imagen, y ya en esta década no han podido crearse un espacio propio en el rock porque la mayoría de la gente los relaciona con ese pop intimista que domina en Vespertine & Son, su primer sello.

El momento de Bitter Springs por fin ha llegado. "That Sentimental Slush" es el trabajo que necesitaban estos obreros del pop para posicionarse en un presente que pide algo más que el más puro *revival*.

Y es que con su nuevo álbum, Simon Rivers y Daniel Ashwazy quizá sí han sabido hacer lo que siempre parece que han querido: trascender los límites del jangle pop y el pop sofisticado de los ochenta para colocarse en un lugar indeterminado que bordea el brit-garage y linda con el post-punk como lo



Bocados de (di)na malidad.

de The Associates y el art-pop más cósico.

Desde un primer momento ("Attempted Life"), Rivers deja claro que hay una apariencia de afabilidad pero un irónico observador de una realidad que no deja espacio para las (falsas) ilusiones del pop inglés que apela a la sequestrada condición de *working class heroes* de los mejores compositores de la música inglesa de los últimos veinte años (Jarvis Cocker, sin ir más lejos). Queda claro, pues, que Rivers no se anda por las ramas y ataca directamente a sus debilidades o inseguridades más obvias para componer un conjunto de melodías tan ruidosamente vitalistas y coloristas que uno no sabe si asustarse ante santajante cinismo ("The Slits Computing"); y es que todos los indicios de este mundo también continúan, sencillamente, aceptar sin rubor toda la mierda que Ri-

vers echa sobre sí mismo y sobre una realidad que no podemos decir que esa sea un marco tan conflictivo que dio sentido a las letras de muchos grupos de principios de los ochenta (Thatcherismo, crisis económica, etc.) a los que Rivers admira y parece querer emular. Por ejemplo, a un Vic Godard —con quien han colaborado en el EP "Blackpool" (2005) a quien nuestro protagonista rinde pleitesía como nunca lo había hecho antes, dotándose así de una extraordinaria visión poliédrica y detallada del pop que va de la new wave, de lo complejo, a la sencillez del post-brit-pop que bandas como J72 representaron de la peor manera, convirtiendo a los nuevos Bitter Springs en unos maestros del pop que duele (de verdad), pero que divierte tanto como los mejores momentos de The Futureheads o Franz Ferdinand. JAIME CASAS